

Por esto digo que la relación es lo principal". Se refiere también el ensayo al "espacio público" y subraya el signo de modernidad de la carrera 7.<sup>a</sup>, "sobre todo el tramo comprendido entre la plaza de Bolívar y el parque Santander [...]; es la ocasión para comenzar a pensar en el patrimonio artístico, arquitectónico y urbano como algo que empieza a existir en la cotidianidad y en el imaginario de las personas", teniendo en cuenta que "obras, documentos, fotografías, arquitecturas, fragmentos urbanos, sectores, barrios y ejes de las ciudades, todos son necesarios para la consolidación de una memoria y de una identidad colectiva, patrimonio del que paradójicamente no siempre se tiene conciencia por tenerlo demasiado cerca y estar inmerso en una cotidianidad que a veces se parece mucho a la indiferencia".

Pero no es indiferencia, más bien hay que decir: los tres ensayos son a-críticos, dando por descontado el signo de modernidad, y hasta de armonía aparente en la Bogotá de la segunda parte del siglo xx, sin atenuar, sin matizar esta idea, esta verdadera ilusión óptica o espejismo en el desierto, fata morgana. ¿Moderna, armónica, Bogotá? Neoprimitivista quizá, donde coexisten rasgos modernos y rasgos rancios, yupis y ñeros contiguos, los Cartuchos a la vuelta de la casa de Nariño. Cómo no mencionar, por ejemplo, el deslíz de este genial arquitecto Salmona en la avenida peatonal de la avenida Jiménez (de Quesada, otra vez mostrando este cruzado su verdadero talante): el estropicio de las pocetas de piedra encementada en esta avenida peatonal por donde se arrastra atollada, estancada, un agua lamosa del río San Francisco que baja arriba de los cerros. Vaya usted mire, vea y oiga el rumor de la queja del agua degradada en este esperpento de la Avenida, a la par con el estropicio del río Bogotá y demás aguas malhadadas de la ciudad que corren la misma suerte. ¿Moderna Bogotá? Ciudad retrogradada, presa actual de unos anacronismos que la arrastran por la cola hacia el pasado colonial y aún más atrás, con torres de

Babel incluidas, actuales rascacielos donde medra la confusión de lenguas de la ambición, en medio de chispazos de modernidad: algunos deliciosos parques, el corto Transmilenio, las bibliotecas y ciertas graciosas arboledas en flor que medran al lado y a lo largo de aguas canalizadas que bajan del oriente.

RODRIGO PÉREZ GIL

## Encuentro entre Maqroll y Melquíades

### Lecturas convergentes

Juan Gustavo Cobo Borda  
Taurus, Bogotá, 2006, 366 págs.

Existe una máxima, no escrita, que dice que para ser buen escritor es necesario ser un buen lector. Y ser un buen lector nada tiene que ver con leer como si se participara en una carrera de caballos, o recitar la totalidad de los autores de la tragedia griega con sus respectivas obras, estar al tanto del último grito del pos pos estructuralismo o del análisis semiótico de la escuela de Grenoble, sino a saber capturar lo valioso de lo más banal, o saber descubrir lo más superficial de lo más profundo. Como diría el gran crítico y poeta venezolano Guillermo Sucre, la pasión pasa primero por el lenguaje. De manera que mientras más se sabe disfrutar los matices de la lectura, apreciar los giros, los estilos, mayores posibilidades hay de acceder a la escritura. Pero si al principio se habló sobre la existencia de la máxima, ésta no quiere decir que se cumpla sistemáticamente en todos los escritores, ya que en muchas oportunidades estos caminos no son, para determinados autores, convergentes.

La lectura como un acto creativo, donde se deja de lado una mal entendida erudición y la torpe y lamentable especialización de nuestros días, es un ejercicio en vías de extinción. Pero gracias a personas como

Juan Gustavo Cobo Borda y libros como *Lecturas convergentes* volvemos a comprobar que la mano escribe lo que la mente piensa y lo que la mirada ve. Es decir: mientras mayor sea nuestra perspicacia como lectores, mayores probabilidades tendremos de trasladar con éxito a nuestros escritos nuestros intereses literarios.

Y como buen lector de Mito, y criado bajo la férula germánica de la revista Eco (de la cual fue director durante una década), Cobo aprendió a no tragar entero, a ampliar cada vez más su radio de acción y a su vez, compartir su emoción por lo leído, en un gesto de generosidad que es de agradecer. Por encima de escuelas y análisis de moda, que a la larga los conoce y bien, Cobo ha hecho suya una bandera que enarbola sobre todas ellas: el placer de leer. Y el placer de compartir.



Algunos de los textos que componen este libro ya habían aparecido en diversas publicaciones y revistas, pero su autor ha sabido organizarlas de manera puntual y sistemática, para concluir ciertas ideas y anteponer las ambiciones, las influencias y los resultados de nuestros más reconocidos escritores del siglo xx y de lo que va de éste: García Márquez y Mutis. Y lo mejor de todo es que muchos de sus textos más valiosos se encuentran en *Lecturas convergentes*, como su

estudio sobre la influencia de la poesía y de la música en García Márquez, o también el ensayo introductorio que escribiera para la *Summa de Maqroll el Gaviero* de Álvaro Mutis, publicado por Barral Editores en su colección *Insulae Poetarum*. Valga decir que esta publicación fue la que le abrió las puertas al lector español —y también latinoamericano— al trabajo literario de Mutis, proporcionando ciertas claves de su obra poética, capitaneada desde lo alto por el errante y fascinante Gaviero.

De allí que éste libro no trate de hacer un maniático paralelismo entre sus dos obras, al estilo de las tediosas tesis de grado que engrosan las bibliotecas de las universidades. Más bien, el autor nos hace partícipe de sus propios hallazgos en cada uno de ellos, deteniéndose en sus puntos de contacto y viendo cómo cada uno fue labrando su propio destino. Como por ejemplo, y este es uno de los ejes centrales de la presente publicación, Cobo Borda nos muestra su relación con la literatura europea o norteamericana del momento.

Ya ha pasado casi medio siglo desde que García Márquez y Mutis se propusieran escribir sobre sus propios materiales biográficos que los torturaban y los nutrían. Y lo lograron. No se trataba, entonces, de la lucha por ser más europeos o más americanos, sino por el contrario de cómo cada uno de ellos supo aclimatar de manera soberbia las enseñanzas de los autores del otro lado del mar, o del norte del continente americano, para que fueran creíbles y nuestros, personajes tan fascinantes como Amaranta Úrsula o Maqroll el Gaviero, dándole a su vez una vida propia, dotando de una entidad literaria al trópico y a la tierra caliente.

Pero no solo eso: al crearlos y al verlos transitar incólumes durante décadas, sirvieron, entre otras cosas, para liberarnos de cierto complejo de inferioridad que se sentía ante los grandes autores europeos o norteamericanos. Gabo y Mutis crearon, en definitiva, cada uno a su modo el canon de un gusto, en una atmósfera completa, original y verdaderamente nuestra, en la que nos sentimos

identificados, poniendo de nuevo de relieve la famosa frase de Gorki según la cual es necesario describir nuestra aldea para ser universal.



En cuanto a sus ideas políticas, no podían estar más apartados el uno del otro, pero Cobo encuentra que:

*Ese buscar que une a Mutis con García Márquez en sus alusiones a una historia europea que se erige como la historia por excelencia, y ante la cual los conatos de independencia de los países periféricos semejan ser gestos truncos que no terminan por concretarse, deparan curiosos resultados. La constatación de una violencia que no es propiedad exclusiva de ningún pueblo del mundo sino que todos la ejercen en determinados momentos y con intensidades afines. Y esa sensación alucinante de estar siempre repitiendo los mismos impulsos para concluir siempre en idénticas acciones baldías.* [pág. 321]

Precisamente para no fosilizar a estos autores irrepitibles, para que no se conviertan en pasto de sesudos y fríos historiadores, Cobo nos los presenta como son, sin las grandilocuencias tropicales a las que somos tan habituales en estas tierras, lejos de los lastres de un academicismo que tiene el don de la momificación y no del agradecimiento, y a años de dis-

tancia de un tipo de análisis que parece más preocupado en convertir en mármol o estatua ecuestre de plaza pública lo que se ha escrito con trabajo y amor. Como ese famoso poema de Yeats en el que habla de esas calvas cabezas inclinadas en las bibliotecas que analizan lo que los cuerpos complacidos escribieron entre las sábanas. Cobo, como se ha visto, está más bien del lado de las sábanas que del silencio reverencial de las bibliotecas. Y eso es de agradecer.

Desde la *Hojarasca* hasta *Memoria de mis putas tristes*, desde *La Balanza* hasta las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* el autor pasa revista a la obra de nuestro Nobel y de nuestro Cervantes. Entrevistas, lecturas, influencias, anécdotas, cronologías y bibliografías puestas al día, en fin, un libro en el cual están juntos Melquíades y Maqroll, unidos para siempre, conversando y convergiendo.

RAMÓN COTE BARAIBAR

## En Harvard ya llegaron al siglo XIX latinoamericano

**Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina**

Doris Sommer

Ediciones Fondo de Cultura

Económica, Bogotá, 2004, 429 págs.

Irritante. Exasperante. El problema no es tanto la autora, aunque también, sino casi el género entero: ¿cómo llamarlo? ¿La socio-lectura, una zona específica de la semiótica? ¿Secuelas de Harold Bloom y de todo el daño que ha hecho, o que ha tratado de hacer, a los buenos lectores? La irritación que le producían a Walter Benjamin los románticos me la producen a mí estos mamotretos pretenciosos, estas presencias del colonialismo cultural, profesores europeos y norteamericanos que, en